

tinieblas de la noche... En vano es que el predicador instruya é ilumine; sin vuestro auxilio la verdad se desliza por encima de los corazones endurecidos, encima de las almas distraídas.... En vano es que siembre y riegue; solo vos, Señor, haceis germinar los buenos pensamientos, y les haceis producir frutos... ¡Dios mio, Dios mio, en nombre de vuestro amadísimo Hijo, que murió por nosotros en la cruz, dignaos concedernos á todos las gracias que necesitamos para prepararnos santamente para la comunión pascual. Inspirad al que predica palabras fuertes, de esas que van á avivar la fé en los corazones, á alarmar las conciencias adormidas y á despertar saludables remordimientos... Dad á los que escuchan un corazón recto, un alma sencilla, una viva inteligencia de las cosas de la fé... Haced que experimenten un vivo deseo de ir al Cielo, que tiemblen al ver el infierno abierto bajo sus piés; que teman vuestros juicios, que esperen en vuestra misericordia infinita... Dios mio, Dios de clemencia y de bondad, vos no quereis la muerte del pecador, antes bien quereis que se convierta y viva... Ahí nos teneis, infelices pecadores, que os pedimos la gracia de la conversión, á fin de que vivamos para amaros, serviros y celebrar para siempre vuestra misericordia... ¡Así sea!

INSTRUCCION NOVENA.

DOMINGO DE PASIÓN (en la oración de la noche.)

No se piensa bastante en la muerte; este pensamiento sería saludable.

TEXTO. — *O Mors, quam amara est memoria tua homini pacem habenti in substantiis suis.* ¡Oh Muerte, cuán amarga es tu memoria para aquellos que viven en el seno de la abundancia!

(ECLES., XLI, 1)

EXORDIO. — Reasumamos esta noche en pocas palabras, hermanos míos, las verdades de que os he hablado durante esta Cuaresma.. ¿Qué es el hombre?... Un sér compuesto de cuerpo y alma, parecido por su cuerpo á los animales, pero por su alma inmortal, hermano de los ángeles y llevando en sí un glorioso parecido con Dios. Sale de las manos de su Criador para efectuar ese viaje que se llama la vida; hácia él es hácia quien debe volver, si ha hecho buen uso del tiempo que se le ha dado... Colocados por el sacramento del bautismo en el camino que debe conducirnos al Cielo, si desgraciadamente, como con mucha frecuencia sucede, lo llegamos á dejar, os he dicho el amoroso afán con que Jesucristo nos busca, y la inefable misericordia con que nos proporciona los medios de volver á entrar en la verdadera senda... Os he mostrado en la Confesión un medio fácil de recobrar el buen camino... Hermanos míos, no hemos hecho más que delinear las condiciones que ha de tener la confesión para ser buena. No ignorais que ha de ser precedida por el exámen y de un verdadero pesar de nuestras faltas. Sabeis que es menester que sea sincera, hecha con la más completa buena fé; que ha de ir acompañada de buenas resoluciones, del deseo formal de huir de las ocasiones, y de una reparación eficaz, es decir generosa y real, de los daños que hayamos causado al prójimo, tanto en su honor, como en sus bienes... Hemos visto que todos nosotros

teníamos necesidad de convertirnos, y os hemos dicho, esta mañana, que era preciso que todos cuantos somos no aplazásemos nuestra conversión (1). Y en realidad, hermanos míos, el tiempo no nos pertenece; Dios se ha reservado su propiedad; no nos ha concedido más que su goce. Y como sobre este particular no nos ha hecho promesa alguna; como, por el contrario, nos ha invitado á estar siempre alerta y, para servirme aquí de una locución vulgar, como no ha firmado con nosotros un contrato de tres, seis ni diez años, puede de un momento á otro retirarnos su tiempo y hacernos rendir cuentas... De donde se sigue, como decía esta mañana, que nosotros debemos estar siempre dispuestos, que no debemos aplazar de continuo y diferir siempre para más tarde nuestra conversión, porque él mismo nos ha advertido que vendrá como un ladrón. Y ¿cual es pues, hermanos míos, el momento de su venida? Es aquel día, ¡qué digo! aquella hora, aquel minuto, aquel segundo muchas veces imprevisto que se llama el momento de la muerte....

PROPOSICIÓN.— ¿La muerte?... Este es, bien lo sabeis, el término fatal, inevitable de ese viaje que se llama la vida. Rodeaos de todas las ilusiones; prolongad todos vuestros ensueños... Reináis sobre el mundo entero; todo os sale bien; os rodea una familia numerosa; estais exentos de toda clase de males, una constitución robusta os pone al abrigo de toda enfermedad: contais vivir hasta la edad de ciento veinte años... Vamos más léjos: ¡quiero concederos ciento cincuenta!.. ¿Vuestros pensamientos, vuestras esperanzas no van más que hasta allí?... No; ¿y después?... ¿Después?... Después vendrá la muerte, esta muerte sobre la cual quiero, esta noche, llamar vuestra atención...

División.— Yo quisiera, hermanos míos muy amados, deciros *en primer lugar*, que no se piensa bastante en la muerte; y *en segundo lugar*, que sería para nosotros muy saludable pensar en ella...

Primera parte.— ¡No se piensa bastante en la muerte!... Y á decir verdad, hermanos míos, ¿acaso la mayor parte de nosotros no vive en este suelo como si no debieran morir jamás?... Al ver nuestras preocupaciones

(1) Véase en el 1.^o volumen *Homilía sobre el Evangelio del Domingo de Pasión* (página 184.)

y nuestros proyectos, ¿no se diría realmente que contamos permanecer siempre en este mundo, que nuestra vida no ha de tener un término, y que el viaje que hacemos ha de durar una eternidad?... Indudablemente cuando, sentados junto á un lecho de muerte, comprimido por la angustia el corazón, inclinados sobre un amigo moribundo, secamos su helado sudor, y sostenemos su cabeza que cae, no sé lo que en nosotros se despierta... Cuando vemos su vida que se va á extinguir, manifestarse ya no más que por una respiración corta é interrumpida; contamos con terror los minutos que le quedan; y cuando en el tañido de cada una de las horas, creemos oír el grito de la muerte, entonces cesa el encanto, el dolor eleva una densa nube; perdemos de vista aquella risueña ilusión que nos seducía; hiélanse nuestras pasiones; lloramos sobre nuestro amigo, temblamos por nosotros... « ¡Ay! decimos, ¡cuán poca cosa es la vida!.. Un día yo mismo daré este triste espectáculo que tengo ante mis ojos!.. » Por fin, la mano del moribundo da á nuestra mano un último apretón y, al encontrar sus apagados ojos que buscan los nuestros, con su postrera mirada recojemos su postrer suspiro... Sí, entonces, apelo á vosotros todos, en nuestros corazones, penetrados de dolor, ablandados por la aflicción, queda grabada como en un pan de cera la impresión de la muerte; nuestros ojos se vuelven sin querer hácia nuestro momento supremo... Pero si dejamos que el pensamiento siga por un instante nuestro féretro, ¡cuán poco dispuestos estamos á hacer que tal pensamiento vuelva á nuestra memoria!.. Esos rasgos grabados por el dolor se borran con tanta rapidez como los caractéres trazados por los niños en el polvo de un camino. No se ha enfriado todavía el cadáver de nuestro amigo ó pariente, húmedas estan aún nuestras mejillas, y ya han vuelto la sonrisa á nuestros lábios y el olvido á nuestros corazones...

¿Os parece, hermanos míos muy amados, si este cuadro es imaginario? ¿No es verdadero?... ¿No es cierto que á todos nos pasa lo mismo?... Dícese que la perdiz, cuando se ve perseguida por un buitre ó por cualquier otra ave de rapiña, loca en cierto modo de terror, se echa en un matorral, oculta su cabeza entre la yerba ó en el musgo, imaginándose que, como ella no ve ya al enemigo que la persigue, se ha de librar así de sus crueles garras. Pero no es así; el enemigo cae

sobre ella, la coje y la devora... Hermanos carísimos, ¿no es ésta nuestra historia?... La muerte nos espanta; para librarnos de este espanto, volvemos á otro lado los ojos, tratamos de aturdir nuestro pensamiento; creemos que la salud, la fortuna, los buenos cuidados, las medicinas, los remedios. ¿qué se yo? pueden garantírnos de sus golpes, y, á la manera de las perdices locas de miedo, olvidamos que ese terrible gavilán, que se llama la Muerte, se cierne sobre nosotros, y que no hay modo de escapar á sus inexorables abrazos... ¿No es cierto, hermanos míos?... ¡Sí, es demasiado cierto, no hay necesidad de insistir más sobre este punto!...

Segunda parte. — Y sin embargo, nada hay más saludable para nosotros que el pensar en este término inevitable de nuestra vida... La muerte seriamente examinada nos induce á reparar el pasado, á santificar el presente y á prevenir el tiempo futuro. Cada uno de estos pensamientos exigiría una instrucción... Pero, hermanos míos, vuestra fé, y vuestra inteligencia los comprenden... y me bastarán cortas explicaciones...

El pensamiento de la muerte nos hace reparar el pasado; porque, vosotros lo sabeis, después de la muerte todos tendremos que sufrir un juicio riguroso y severo. Es menester pues que antes de aquel fatal momento hayamos expiado por medio de la penitencia nuestras faltas pasadas, que las hayamos confesado con las mejores disposiciones posibles y que hayamos alcanzado su perdón... Pero esta muerte está amenazando siempre; ¡cuántos duermen ahora bajo tierra, que el año pasado vivían sobre su superficie!... Y la muerte no está aún satisfecha de víctimas; no ha roto todavía su guadaña; de un momento á otro nos puede venir á sorprender. De ahí, la necesidad que tenemos de hacer penitencia por nuestras culpas pasadas, mientras Dios nos da tiempo para hacerla...

El pensamiento de la muerte nos lleva igualmente á santificar el presente. ¡Oh, hermanos míos, cuán eficaz es esta consideración para vencer las tentaciones y triunfar de todos los obstáculos! «He de morir, ignoro el momento en que la muerte me vendrá á cojer: pero vendrá, estoy seguro, y tal vez muy pronto... ¡Puede venirme á sorprender en el instante en que esté cometiendo tal pecado!... ¡Y cuántos ejemplos

podríamos traernos á la memoria, oh cristianos, si quisiéramos reflexionar! Aquí un carretero aplastado mientras trabajaba en día festivo; allí y allá hombres y mujeres asesinados ó atacados de accidentes repentinos, en el momento mismo en que se entregaban al desorden... Interminable sería si quisiera decirlo todo; pero probad vosotros mismos cuán saludable es este pensamiento. Esta noche, al tenderos en vuestra cama, reflexionad seriamente sobre la muerte: cruzad los brazos sobre vuestro pecho, como os los cruzarán los que estarán encargados de daros sepultura; pensad que os encontráis dentro del ataúd.... Y si vuestra alma no hace serias reflexiones, si no experimentais el deseo de santificar bien los días que Dios os concede.... la verdad, sois dignos de compasión, y ya no tenéis fé ó por lo menos os queda muy poca....

He añadido que el pensamiento de la muerte era saludable para prever lo venidero. Y en efecto, cristianos, ¿queréis tomar buenas resoluciones? pensad en la muerte... San Leonardo, para decidir á sus oyentes á que se convirtieran y á que perseverasen en sus buenos propósitos, les enseñaba la descarnada cabeza de una célebre cortesana, fallecida algunos años antes en el hospital... ¡Dios mio! si un muerto pudiese venir á hablaros en mi lugar, ¿qué no os diría?... Buscad en un cementerio; escojed el que queráis... ¿No habeis conocido algun avaro, algun calavera, alguna de esas mujeres ó de esas jóvenes ligeras?... Interrogadlas esta noche... ¡Ah! de todas sus bocas sale una respuesta unánime: «¡Si estamos condenados, es por no haber pensado en la muerte, es por no haber previsto lo venidero!...» No continúo, hermanos míos; apremiado por el tiempo, no he podido hacerlos más que algunas reflexiones: ¡muy serias son!... ¡Oh! os conjuro á que no las olvideis. ¡Cómo!... tan cerca de la muerte, viendo como da cada día junto á nosotros los más imprevistos golpes, la sentimos pegada á nuestros huesos ¡y no pensamos en ella!... ¡Qué desgracia!...

PERORACIÓN. — Carísimos hermanos, ¿veis estos cirios que arden? su luz es viva, pero al fin se apagarán: vosotros lo sabeis perfectamente, la cera que los alimenta se agotará. Es la imagen de nuestra vida; también ella tendrá un término. La sola diferencia que hay es que nosotros no podemos prever el momento en que todo se habrá acabado...

¡Oh! Antes de concluir, supliquemos á Nuestro Señor Jesucristo que nos conceda la gracia de que pensemos amenudo en nuestro instante supremo: encomendémosle nuestra muerte y lo que á ella ha de seguir. « ¡ Señor Jesús, Dios de bondad, cuando nuestros piés inmóviles nos advertirán de que está por terminar nuestro viaje sobre la tierra, apiadáos de nosotros!... Cuando nuestros ojos, oscurecidos y turbados por la proximidad de la muerte, dirijan hácia vos sus tristes y moribundas miradas; cuando nuestros frios y temblorosos lábios puedan apenas pronunciar vuestro adorable nombre; cuando nuestras pálidas y lívidas mejillas inspiren compasión y terror á los circunstantes; cuando nuestros oídos, próximos á cerrarse al ruido del mundo, se abran para oír la sentencia irrevocable, ¡ misericordioso Jesús, apiadáos de nosotros!... Cuando corra por nuestra frente un sudor helado; cuando nuestros parientes y amigos reunidos á nuestro alrededor se enternezcan ante nuestro estado; cuando hayamos perdido el uso de nuestros sentidos; cuando, impelidos por la agonía, nos encontremos en los trances de la muerte, ¡ oh, misericordioso Jesús, apiadáos de nosotros!... Cuando los últimos latidos de nuestro corazón obliguen á nuestra alma á abandonar el cuerpo; cuando, asomando á nuestros lábios, salga para siempre de este mundo, dejando pálido é inanimado nuestro cuerpo; cuando, finalmente, comparezca ante vos, no la rechaceis de vuestra presencia; admitidla en vuestro seno; ¡ entonces sobre todo, Jesús, oh misericordioso Jesús, apiadáos de nosotros!... ¡ Así sea!

INSTRUCCION DECIMA.

MIÉRCOLES DE LA SEMANA DE PASIÓN (en la oración de la noche.)

El juicio particular.

TEXTO. *Statutum est hominibus semel mori, post hoc autem iudicium.* Decretado está que todos los hombres han de morir, y que en seguida seran juzgados.

(HEB., IX, 27)

EXORDIO. — Carísimos hermanos, nada hay más cierto que la muerte, y nada más incierto para nosotros que el momento de nuestra muerte, y la manera como moriremos. ¿ Viviremos largos años?.. ¿ Seremos, por el contrario, arrebatados ya en la primavera, ya en el vigor de la edad?... Lo ignoramos. ¿ Pereceremos víctimas de un accidente repentino, ó á consecuencia de una larga y dolorosa enfermedad? Nadie de nosotros lo puede decir. ¿ Conservaremos hasta el fin nuestra inteligencia, ó seremos presa del delirio? También esto nos es imposible afirmarlo... Pero lo que es cierto, lo que es infalible, es que todos moriremos; y lo que no es menos cierto es que ignoramos la hora y el modo de nuestra muerte... Sin embargo, hermanos míos muy amados, esta consideración de la muerte que ha de desprendernos de nuestros bienes, de nuestros placeres, del cariño de nuestros hijos y de nuestra familia, sería menos aterradora por sí sola, si nouviésemos un alma racional é inmortal; si, careciendo de inteligencia y de previsión, fuésemos como el caballo que espira en la cuadra, como el buey que es conducido al matadero... Mas nó; séres privilegiados entre todos, llamados por la bondad y misericordia del Criador á destinos inmortales, tenemos un alma que desafía los golpes de la muerte y que, cuando está separada del cuerpo, va inmediatamente á dar cuenta á Nuestro Señor Jesucristo de todas sus acciones, del bien ó del mal que hemos hecho mientras vivíamos en esta tierra... ¡ Allí está, hermanos, la parte seria de la muerte; éste es su lado formidable!... Y sin

embargo, no podemos librarnos de este juicio, como no podemos librarnos de la muerte... Decretado está, dice el Apóstol, que todo hombre ha de morir, y que después de su muerte ha de ser juzgado. *Statutum est, etc.*

PROPOSICIÓN. — Sí, hermanos míos, quiérase ó no se quiera, créase ó no se crea, el juicio (y hablo del juicio particular, de ese que tiene lugar inmediatamente después de nuestra muerte), este juicio, digo, es tan inevitable como la muerte; hasta entre los impíos, tenedlo por seguro, es una de las cosas más temidas. En vano repiten: « *Cuando uno ha muerto, todo ha muerto.* » Cuando es cuestión de morir, cambian sus ideas... Si han fatigado demasiado la misericordia de Dios, mueren en la desesperación; si, por el contrario, algunas almas buenas han rogado por ellos, y sobre todo si han conservado algunos restos de prácticas cristianas, Dios les concede á veces la gracia de reconciliarse en su última hora. Teneis á Voltaire, expirando en toda la rábía de la desesperación; teneis á Toussaint, otro impío famoso, muriendo en medio de los consuelos del arrepentimiento (1). De este juicio particular, que ha de seguir á la muerte, es de lo que voy á hablaros esta noche...

DIVISIÓN. — Vamos á examinar, *en primer lugar*, cuán consolador es este juicio para el justo; y *en segundo lugar*, cuán temible es para el pecador.

Primeraparte. — El juicio particular es consolador para el alma justa; ella se presenta con confianza; ella es juzgada con bondad; ella es recompensada con magnificencia.

Se presenta con confianza. ; Naturalmente! ¿ qué podría atormentar, hermanos míos, en aquel momento á un alma verdaderamente cristiana?... ¿ El recuerdo de sus culpas pasadas?... Si las confesó sinceramente, si hizo de ellas verdadera penitencia, tiene completo motivo de esperar que Dios, en su misericordia, se las ha perdonado. ¿ Les habeis visto vosotros, á ese cristiano, á esa cristiana, antes de lanzar el último suspiro, les habeis visto pegar sus labios al crucifijo, y besar amorosamente la imágen del Salvador?... Nó, el pasado, que esta alma supo reparar, no puede causarle inquietud; los sacramentos que recibió antes de espi-

(1) Véase Rohrbacher, *Histoire ecclésiastique*.

rar, son otras tantas prendas que justifican su confianza... « Parte pues de este mundo, alma cristiana, se le decía en el momento de la agonía; parte en nombre de Dios Padre todo poderoso, que te ha creado, en nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que te ha redimido, en nombre del Espíritu Santo, cuya gracia ha sido derramada sobre tí. ; Vé, sea hoy tu morada la mansión de la paz y habita en la santa Sión! (1)

Es juzgada con bondad. ¿ Y cómo podría ser de otra manera, hermanos míos?... Hace algunos días, tal vez apenas algunas horas, que Jesucristo descendió sobre esta alma, como un viático divino, para fortalecerla contra los trances de la muerte, para purificarla de las manchas que le pudieran quedar, y para hacerla probar anticipadamente la misericordia que le esperaba; ¿ y, después de haberse dado á ella en la Eucaristía con tanto amor, sería para ella un Juez sin piedad?... ; Nó nó! avanza sin temor, alma fiel, hácia el tribunal de tu Juez... Lee en el amor con que te acoge, la sentencia de misericordia que va á pronunciar sobre tí... Jesús la sonríe con ternura. ; Dichosas lágrimas de la Penitencia, que borrasteis sus pecados!... ; saludables humillaciones de la Confesión que la habeis preparado una tan dulce acogida cerca del soberano Juez!... ; Ah, cuánto os bendice esta alma!... Mirad, sus faltas estan olvidadas... Mas, por otro lado, Jesús le tiene en cuenta el bien que ella ha practicado... Ahí se vuelven á encontrar sus limosnas, sus mortificaciones, sus oraciones; confesiones, comuniones, ejercicios de piedad; ; nada se ha olvidado!... Fuerte y valerosa, sirvió á Dios á despecho de todos los obstáculos, apesar de todas las burlas, de los sarcasmos de los indiferentes ó de los impíos... « Regocíjate pues, le dice el soberano Juez mostrándola sus obras, bueno y fiel servidor no te avergonzaste de mí delante de los hombres... ; pues bien; yo te acoyo, yo te admito, yo te adopto como á pertenencia mia, á la faz del cielo y delante de mi Padre; entra en el goce de tu señor, ven á participar de su felicidad!... »

; Cielos! ; qué espléndida recompensa le espera á esta alma fiel!.. Los Angeles la rodean con amor, la saludan como á una hermana; su An-

(1) Oraciones para los agonizantes.

gel custodio sobre todo la contempla con admiración... ¡Cielos, abrid los espíritus celestiales, cantad: « ¡Gloria á Dios en lo más alto de los cielos!... » Ved ahí un alma que acaba de reunirse á vuestras filas para alabarle y bendecirle por toda la eternidad... Sube esta alma, se eleva rápida, vuela á la pátria de la bienaventuranza... ¿ Oís esos armoniosos conciertos, esos cantos de triunfo que acojen su venida?... ¿ La veis hundirse y desaparecer en ese vasto océano de luz, de alegría, de reposo y de delicias inmortales?... El esplendor y la gloria que la rodea la roban á nuestros ojos!... ¡Oh Dios mio! ¡cuán bello es el patrimonio de los justos!... ¡Ojalá que pueda un día ser mi suerte semejante á la suya!...

Segunda parte. — Pero ¡cuán triste es, hermanos míos, el cuadro que me falta presentaros!... ¡Cuán temible es para el alma pecadora este instante del juicio particular!... Preséntase con terror; es juzgada con severidad; es castigada con rigor...

Se presenta con terror... Mientras estamos en la tierra, podemos, en rigor, hacernos ilusiones; podemos relegar al fondo de nuestra conciencia las luces de la fé; decirnos que la religión es demasiado severa, que no estamos obligados á practicar todos los deberes que ella impone; que no hay tan gran mal en hacer tal ó cual cosa; que, en suma, no hacemos más que seguir el camino por donde va la mayoría... Estos pensamientos y aún otros, pueden muy bien formar en nuestra alma una especie de niebla, que desnaturaliza los objetos, ó hasta un velo que nos los oculta. Pero ahí está la muerte: la muerte desvanece esta niebla, y desgarrá este velo; ya no hay medio de hacerse ilusiones... — ¡Comparecer ante mi Juez! exclama la pobre alma. ¡Comparecer ante Él, en el estado en que me encuentro, cargada de tantas faltas, manchada con tantas iniquidades!... ¡Ay! ahora las veo, ahora comprendo su fealdad!... ¡Concedáseme tan sólo un instante de próroga!... — ¡Próroga?... ¡Ay, pecador infortunado, no la hay para tí!... Y los demonios arrastran á aquella aterrada alma á los piés del Juez supremo...

Esta alma lee de antemano en los ojos de su Juez la suerte que le espera... En efecto, ¿qué excusa, qué defensa podrá alegar? ¿Negará que haya cometido las faltas de que se la acusa?... *Yo mismo*, dice el Señor,

seré testigo contra los pecadores en el día de la venganza (1)... Y, ¿qué contestar, cuando Jesús, echándonos en cara nuestra ingratitud y nuestro endurecimiento, nos dirá: « ¿Te acuerdas de tantas gracias, de tantas buenas inspiraciones como despreciaste?... ¿Te acuerdas de tantas instrucciones como se te prodigaron?... ¿Te acuerdas de que tal día, en tal instrucción de la oración de la noche, yo había inspirado al predicador para que hablase en tu presencia del juicio particular, para que vieras la suerte que te estaba reservada si no procurabas convertirte?... Despreciaste aquella instrucción, como habías despreciado las demás... ¡Pues bien! ahora héte ahí en mi presencia. ¿Es verdad que hay un juicio particular?... ¡Ah! hoy lo reconoces por tu desgracia... Mal servidor; tú te avergonzaste de mí delante de los hombres, tú desdeñaste mis gracias, desconociste mi amor, despreciaste mis sacramentos; ¡retírate de mi presencia, no te conozco!... »

¿Y á dónde va aquella desventurada alma, rechazada así por Dios y arrojada de su presencia?... ¡Ah! ya lo sabéis, hermanos míos; Jesucristo nos enseña que va al fuego eterno. *Ite in ignem æternum*... ¡Tú triunfas, Satanás!... Sí, aquella alma, por tanto tiempo esclava tuya mientras vivió en la tierra, te pertenece, te es adjudicada por la sentencia del Juez Supremo; ha venido á ser tu presa... El demonio la coje con una alegría cruel, la empuja delante de él como á un vil carnero: ábrese el infierno, entra en él el alma, y luego vuelven á cerrarse las puertas del terrible abismo... ¿ Oís sus rugidos, sus gritos de rabia y de desesperación?... ¿ Veis esos braseros en medio de los cuales se retuerce, esas lágrimas inútiles con que lamenta la pérdida del Cielo?... ¡Horror, confusión, sufrimientos, torturas, blasfemias y maldiciones!... ¡Alma perversa, tú lo quisiste, éste será tu patrimonio por toda la eternidad!...

PERORACIÓN. — Carísimos hermanos, á nosotros nos toca ver cuál de esos dos juicios queremos sufrir... Dios que, durante estos santos días, nos invita á hacer penitencia, nos deja aún tiempo para escoger. ¡Qué desgracia para nosotros si desdeñamos contestar á su llamamiento!... Y ¿qué tememos convirtiéndonos, mientras lo tenemos que temer todo

(1) Malaquías. III, 5. ; Jerem., XIX, 23.

si no cuidamos de hacerlo?... Cierta día, una mujer piadosa, ferviente cristiana, que había empleado toda su vida en hacer obras buenas, se encontraba en una reunión con un impío famoso, que se llamaba Voltaire. Chanceándose y en son de burla, decíale este último á aquella piadosa mujer : — « ; Oh! señora, os vereis bien engañada, si no hay paraíso!. — Caballero, le contestó la cristiana, más engañado os vereis vos si hay un infierno. Aun cuando no hubiese paraíso, yo habría gozado en la tierra de la dulce satisfacción que uno encuentra en cumplir sus deberes y en obrar bien, y cuando habré muerto, no será peor mi suerte que la vuestra... Pero vos, que blasfemais de Dios y perseguís la religión con vuestras burlas y sarcasmos, ¿ qué vendreis á ser si hay un infierno?... Acordáos de que es horrible cosa caer en manos del Dios vivo... Y Jesucristo lo ha dicho y no puede mentir : hay un paraíso para recompensar á los buenos y un infierno para castigar á los malos. » — Y ahora, hermanos míos, uno y otra saben ya á qué atenerse... Aquella mujer, después de una muerte piadosa, disfruta allá arriba de las recompensas prometidas á la virtud : el otro, muerto con la rabia y la desesperación de un verdadero réprobo, sintió de antemano algo parecido á los suplicios que son hoy su patrimonio... Escojamos pues, amadísimos hermanos míos, mientras estamos á tiempo, á cuál de los dos queremos parecernos, cuál de los dos juicios queremos sufrir... ; Oh dulce Jesús, hacednos la gracia de que seamos del número de aquellos que, presentándose con confianza ante vuestro tribunal, serán juzgados con bondad y recompensados con magnificencia!... ; Así sea!

INSTRUCCIONES POPULARES

PARA

CADA DIA DEL MES DE MARIA.

MES DE MARIA.

INSTRUCCION PRIMERA

DOMINGO, TERCER DIA DE MAYO (1) *(en la Misa)*

María es la criatura más amada de Dios ; la más poderosa sobre su corazón.

TEXTO. *Fecit mihi magna qui Potens est...* El Todopoderoso obró en mí grandes cosas...

EXORDIO. Hermanos míos, vamos á interrumpir, durante algunos domingos, el curso de nuestras instrucciones habituales... El mes en que entramos está consagrado á la Santísima Virgen. Muchos de los que asisten el domingo á la santa Misa no podrán, por razón de sus ocupaciones, tomar parte en nuestros piadosos ejercicios de la noche. Espero

(1) En nuestras aldeas, los *Ejercicios del mes de María* suelen empezarse en un Domingo, y terminan igualmente en Domingo. Hemos seguido esta costumbre... En las *Homilias*, y especialmente en la *Instrucción XXII* sobre el Símbolo, se encontrarán otras consideraciones sobre la Santísima Virgen.